

DEMASIADO TARDE

POR PEDRO MATA

Con la fina tarjeta en la mano se quedó un momento indecisa y confusa.

—¿Ha dicho usted a ese caballero que el señor no está en casa?

—Sí, señorita; pero dice que es igual que le recibiera usted.

—Bueno, que pase.

—¿Aquí?

—Sí, aquí.

Tiró sobre el sofá el periódico que leía, se arrojó ante el espejo los rizos del peinado y avanzó hacia la puerta, al encuentro del visitante, que llegaba ya decidido, taconeando firme, las manos extendidas, sonriente y afectuoso.

—Hola, Carmencita, ¿qué tal?

—Bien, ¿y tú?

—Ya me han dicho que Máximo no está, pero como mi visita no tiene más objeto que despedirme de vosotros y llevo los minutos contados, he querido, por lo menos, saludarte a ti. Perdóname si...

—Hijo, por Dios, al contrario... Te lo agradezco mucho. ¿Tu madre bien? ¿Tus hermanas?...

—Sí, muy bien; gracias.

—Siéntate.

Frente a frente, ella en un sofá, él en un silloncito, estuvieron un instante callados, mirándose a los ojos.

—¿Cuándo te vés?

—Mañana, en el exprés. Voy a París. Pasaré allí unos días, y después, directamente, a Copenhague.

—Tú has estado allí ya, ¿no?

—Sí, de secretario. Ahora voy de ministro.

—Ya lo hemos leído. Que sea enorabuena. Porque supongo que irás contento.

—¡Figúrate!

—¿Y qué? ¿Cuántos días has estado en Madrid?

—En Madrid, muy pocos. En España, quince; pero los he pasado casi todos en Valencia.

—¿Con tu madre?

—Claro. Hace diez años que no la veía.

—Eso es lo malo de vuestra carrera.

—Algún inconveniente había de tener.

Callaron de nuevo y de nuevo se miraron al fondo de los ojos. También ellos hacia diez años que no se veían. Al encontrarse ahora frente a frente, en este ambiente de dulce confianza, en el recogimiento de este gabinete tan pequeño y tan íntimo, sentíanse los dos, de pronto, acobardados y sobrecogidos, poseídos de una gran tristeza, de una melancolía muy honda que se filtraba poco a poco en

sus almas, como se iban filtrando las sombras de la tarde por los visillos blancos del balcón. Se conocían desde niños. Tenían la misma edad. Habían jugado juntos. Juntas despertaron sus almas a la visión del mundo y se contaron mutuamente los pequeños secretos de la vida. Se habían querido como dos hermanos: un cariño muy grande, mucho más que amistad y mucho más que amor; un cariño sin celos, sin envidias, sin egoísmos, generoso y bueno, todo honradez y todo castidad. A medida que crecieron, la intimidad se fué haciendo mayor. Ella le refería sus culpas, le relataba sus secretos, le pedía consejo en los tráces difíciles, y él acudía a dárselo, bondadoso y solícito, con la sinceridad de un padre que vela por su hija y la tolerancia amable de un hermano mayor.

Un día Román terminó la carrera, hizo oposiciones y se marchó de España. Las cartas iban y venían llenas de confidencias y revelaciones, consultas y consejos. Toda la historia de las relaciones con Máximo desfiló por ellas en un largo relato ingenuo e íntimo, sincero como una confesión. Cuando llegó, por fin, la noticia del matrimonio, él pidió una licencia, vino a Madrid y asistió a la boda. La vió feliz, radiante de alegría. En un momento que se quedaron solos le estrujó las manos.

—¿Estás contenta?

—Sí.

—¿Le quieres?

—Mucho.

—¿Crees que te hará feliz?

—¡Jombre!... El parece bueno. Parece que me quiere. Yo le quiero mucho; pero feliz..., feliz..., ¡quién puede saber eso!

Y había tanto dolor en esta duda, que él, conmovido, la estrechó contra su corazón.

—Sí, Carmencita, serás feliz. Lo serás, porque lo mereces.

Pero, a partir de aquel día, la intimidad cesó. Ya las cartas no iban y venían llenas de confidencias y revelaciones. Eran cortas, rápidas, secas, insustanciales, de una cortés y fría indiferencia, tanto más fría cuanto más cortés.

Al cabo de cinco años, aprovechando un traslado de legación, Román volvió a Madrid y se fué a verla. Máximo estaba en casa y le invitó a comer. Aceptó loco de alegría, con la ilusión de tenerla toda la tarde frente a frente. Como el día de la boda, en un momento que se quedaron solos, le estrujó las manos.

—¿Eres feliz?—le preguntó.

Ella sonrió y contestó que sí, pero con una sonrisa tan amarga y una tristeza tan profunda en los ojos que él comprendió en el acto toda la enormidad de la mentira, y abrumado, no supo qué decir.

Salió de allí con el alma desolada para buscar quien le informase. Le informaron pronto. Máximo era un miserable, un canalla; ella, una pobre víctima. La revelación le causó tanto daño, que no tuvo valor para volver a verla y se fué de Madrid sin despedirse.

Ahora, después de diez años, se encontraban de nuevo. Y al verse cara a cara, sin testigos y a solas, en el dulce recogimiento de este gabinete tan pequeño y tan íntimo, a los melancólicos reflejos de la tarde que empezaba a morir tras los visillos blancos del balcón, los dos sentían que en sus almas se filtraba lentamente una inmensa tristeza, la tristeza acumulada de todos los recuerdos, de los días felices que pasaron para no volver más.

Por fin, ella fué la que rompió el silencio.

—¿En qué piensas?

—En tí.

—Me encuentras muy vieja, ¿verdad? Muy estropeada.

—¡Qué tontería!... Te encuentro como siempre: muy hermosa y muy linda.

—¡Por Dios!... No digas eso. Estoy estropeadísima. Es natural, hijito. Aunque no sea más que el tiempo. Han pasado quince años.

—Quince años..., ¿verdad?

—Además, he sufrido mucho.

—¿No eres feliz?

—¿Feliz? ¡Quién es feliz en este mundo! ¿Lo eres acaso tú?

—¿Yo?

—Y eso que tú, ya ves, eres hombre, libre, soltero, independiente...

—¿Crees que es esa la felicidad?

—No. Tienes razón. Tampoco es esa. Verdaderamente, tú has debido casarte. ¡Qué raro!... Un hombre como tú, de tus condiciones... ¿Cómo no te has casado, Román?

—Me haces una pregunta que me estoy yo formulando diariamente desde hace mucho tiempo y a la que nunca puedo contestar. ¿Por qué no me he casado? ¡Qué sé yo! Probablemente, porque no encontré una mujer en mi camino.

—No la buscarías mucho

—También tienes razón. No la busqué. Creo que estas cosas no se deben buscar. Se busca un título, una dote, un suero influyente, todo lo que signifique conveniencia y ventaja. Eso sí, se busca y se encuentra; pero ¿la dicha? La dicha, como la fortuna, como la gloria, no quiere que la llamen a gritos. Llega sola, un día, casualmente, cuando menos se espera, o no llega jamás.

—Sin embargo, tú has debido casarte. Un hom-

bre como tú, tan bueno, tan cariñoso... No es posible que no fueras feliz.

—No basta la bondad. Ahí tienes tu caso. Más buena que tú..., y ya ves.

—Mi caso es excepcional.

—No; es el corriente... Vuelve los ojos a tu alrededor y te convencerás. Casi siempre que se unen dos personas, una acaba por ser verdugo y otra víctima. Es muy difícil, muy difícil, que se junten dos personas igualmente buenas. Esa fué nuestra equivocación. Yo debí casarme contigo. ¡Contigo si que habría sido yo feliz! ¿Y tú?...

Ella clavó en él sus grandes ojos negros y contestó sin vacilar:

—Yo también.

Ese ha sido nuestro tremendo error. Tener la felicidad a nuestro lado y dejarla pasar, creyendo que la volveríamos a encontrar cualquier día en cualquier otra parte. Y no; la felicidad sólo pasa una vez en la vida.

—Yo sí lo pensé, pero como tú nunca me dijiste nada...

—Es que yo entonces no sabía estas cosas. Te quería tanto, tan verdaderamente, que me contentaba con que fueras feliz. Cuando el día de la boda, toda vestida de blanco, me dijiste que te sentías contenta, me dió una alegría tan grande que no pude pensar en nada más. Te lo juro: no tuve envidia, ni celos, ni resquemores; nada. Me pareció aquello tan natural, que tu felicidad fué para mí la mayor de las alegrías. Yo empecé a pensar en estas cosas tristes muchísimo después, el día que supe que no eras dichosa. ¿Te acuerdas? Fué hace diez años. Tú no me lo quisiste confesar, pero yo lo adiviné y otros después me lo confirmaron. Tú no sabes cuánto sufrí aquel día. Tú no sabes el trabajo, el esfuerzo que yo tuve que hacer para resistir la tentación de venir a buscarte y decirte:—No quieras a ese hombre; no estés con él; no lo mereces. Tú eres muy buena, tienes derecho a ser feliz, y yo vengo a traerte la felicidad.

—¡Qué locura!

—Por eso me marché sin despedirme; por eso no volví, porque era una locura. Me asustó la idea de que mis palabras te ofendiesen, de que interpretaras mal mis sentimientos. Tuve miedo de que creyeras que era deseo de ti lo que era anhelo de tu felicidad. Hoy los años han pasado, estamos los dos un poco viejos y no hay peligro de que las palabras se interpreten mal. Por desgracia, sabemos demasiado que las cosas que pasaron ya no tienen remedio, que hay que aceptar como son los inescrutables designios de la vida. Lo único verdaderamente atormentador es el remordimiento. ¡Cada vez que pienso que tú tenías derecho a ser feliz, que has debido serlo y no lo eres por torpeza mía!...